



Tomo II. Núm. 6. ++ Director: Pelayo Vizquete. ++ 10 Febrero 1901.



TARRAGONA.—Torre de los Scipiones.

Biblioteca Nacional de España

El odio de Lucía.

La revelación de Andrés provocó, primeramente, una carcajada de Lucía; después la joven se sintió acometida de indignación y prorrumpió en denuestos contra el chico.

Andrés aguantó tranquilamente el chubasco, sin pestañear, y cuando ella, desahogada su cólera, hizo un momento de pausa, le replicó con mucha calma:

—Lucía, después de todo, la cosa no es para que tanto te apures y lo tomes á pecho. ¿Que soy un calumniador? Mejor para ti. Lo que te digo es que me da pena verte tan encaprichada con quien te engaña.

—¡Mientes!—gritó la muchacha.

—¡Ojalá! Ello ha de saberse pronto. Yo he creído que era mi obligación desengañarte; por algo nos hemos criado juntos, y por algo te quiero de veras.

—Ahí está tu interés. Como tú me quieres y yo no puedo quererte, lo que tienes es... ¡es envidia!

—¡Envidia!—replicó él con un movimiento de ira... Después añadió con tristeza:—No te falta razón; sí, le envidio porque tú le quieres; pero te juro por éstas—y puso las manos en cruz—que al decidirme á contarte lo que pasa, no he pensado en mi querer, sino en tu bien, en tu tranquilidad.

—¡Gracias!—dijo Lucía todavía airada.—Pudiste ahorrarte la molestia, porque no había de agradecer-tela.

—Bueno, mujer, dispensa y queda con Dios.

—¡Adiós!

—El quiera que mi aviso haya llegado á tiempo de evitarte mayores males. Andrés se embozó en la capa y, sin más despedida, echó calle abajo.

Siguió Lucía su camino, y á medida que se acercaba á su casa, su irritación se iba templando. Cuando llegó junto á su tía, á la indignación había sustituido la tristeza: lo que Andrés le había dicho no le parecía tan en absoluto calumnia: en su imaginación iba abriéndose camino la duda: tenía ganas de llorar.

—¿Qué te pasa, muchacha—le preguntó la señora Gervasia al verla un poco excitada.

—Que me han dicho que Miguel me engaña.



Me lo ha dicho Andrés, asegurándome que mi rival es Paca, la hija de la señora Antonia la carnicera.

—¿Y tú lo crees?

—¡Yo qué sé!—contestó la muchacha con rabia; y se echó á llorar, exclamando:

—¡Qué desgraciada soy!

La señora Gervasia trató de consolarla con las frases de cajón. Aquello debía ser una mentira: Miguel daba pruebas de estar muy enamorado... siempre hay envidiosos... gentes que llevan y traen.

Y luego, ¿ese Andrés, no la había requerido de amores también? Todo ello sería venganza de amante despechado.

Pero Lucía, sin prestar atención á estas consideraciones, seguía llorando. Sólo cuando su tía, con la filosofía de quien tocante á tales materias no espera nada en este mundo, le dijo que, después de todo, la cosa, aun siendo cierta, no era para afligirse, pues lo que sobra son hombres en el mundo, la joven se levantó con ademán violento, se le secaron súbitamente los ojos, y lanzando de sus pupilas relámpagos de ira, exclamó con voz estridente:

—¡Eso sí que no! ¡Nunca! ¡Si me ha engañado, me vengaré!

—¡Muchacha!—exclamó su tía casi asustada.

—Sí, me vengaré!

Las horas que pasaron hasta la de anocheecer, en que Miguel acostumbra á hacer su visita cotidiana, si fueron tiempo bastante á calmar los nervios de Lucía, no así devolvieron á su espíritu la tranquilidad.

A primera vista advirtió el novio la preocupación de la muchacha, que excusó en principio contestar á sus preguntas sobre el particular, hasta que, no pudiendo sentir su propio impulso, exclamó:

—¡Miguel, tú me engañas!

—¡No digas disparates, Lucía!

—¡Miguel, tú quieres á otra mujer!

—Por Dios, muchacha, ¿quién te ha metido semejante cosa en la cabeza?

—No disimules, no lo eches á broma... Hasta sé quién es la mujer con quien me engañas!

—¿Cómo vas á saber lo que no es cierto?

—Se llama Paca; es la hija de la señora Antonia la carnicera!

A duras penas pudo Miguel contener un movimiento de sorpresa; instantáneamente repuesto, emprendió la tarea de desvanecer las sospechas de Lucía, lo cual consiguió á poca costa, porque las mujeres enamoradas están siempre



dispuestas á dejarse convencer. Sin embargo, cuando los amantes se separaron, ambos, al parecer tranquilos, Lucía se dirigió á la señora Gervasia, diciéndole:

—Aún no quedo convencida; pero yo sabré la verdad.

—En efecto: al siguiente día, la joven se dedicó á practicar las investigaciones precisas, y de ellas obtuvo el convencimiento de que Andrés no había mentido: Miguel la engañaba con la Paca, y los vecinos de ésta hablaban de un próximo matrimonio.

Como decía filosóficamente la señora Gervasia, Miguel «era un hombre como los demás».

Aquella noche aconteció la ruptura. Lucía, sin desplantes, serena y en pocas palabras, puso al traidor en la puerta de la calle, no sin decirle como última palabra:

—¡Ten cuidado!

—¿Qué piensas hacer?—le preguntó su tía.

—No lo he pensado todavía; pero no tardará usted en saberlo.

Dos ó tres días transcurrieron, durante los cuales la muchacha parecía preocupada, pero no pronunció una sola palabra relativa á su disgusto.

Su tía la observaba cuidadosamente, conedora del carácter apasionado y fogoso de la sobrina, y al verla pasar largos ratos con la vista fija en la labor, pensaba para sí:

—¡Aquí va á pasar algo!

Llegó el primer domingo, después de la catástrofe que había echado por tierra las ilusiones de Lucía, y poco antes del anochecer la joven cogió su mantón y se dispuso á salir.

—¿Vas sola?—preguntó la señora Gervasia.

—Sí, sola.

Antes de salir Lucía, fué á la cómoda y de uno de los cajones sacó un objeto que ocultó con presteza entre el pañuelo, no sin que su tía advirtiese que era un frasco de cristal.

La señora Gervasia comprendió de qué se trataba, y se dispuso á seguir á su sobrina.

* * *

Miguel y Paca caminaban calle arriba, entretenidos en dulce plática: ella recostada con cierto abandono contra el galán.

Era después de anochecer.

Una mujer, que procuraba ocultarse de ellos, les seguía á pocos pasos.

Llegó la amante pareja á la puerta de la casa de Paca y se detuvo en el umbral, sin duda para terminar su amable coloquio.

Lucía, que era la mujer que venía espiándolos, se acercó al grupo, se detuvo cerca de éste, pareció que buscaba algo bajo el mantón que lo envolvía, y... después de un momento volvió sobre sus pasos. Esto se repitió dos ó tres veces, sin que los enamorados, embebidos en su plática, se percataran de ello.

Por fin una de las veces, al retroceder, Lucía dió de manos á boca con su tía, que, asiéndola de un brazo, la dijo con voz ahogada por la fatiga de la carrera que había dado:

—¡Chiquilla! ¿Tú qué vas á hacer?

Y Lucía, al escuchar estas palabras, se arrojó en brazos de la buena mujer y rompió en amargo llanto, exclamando:

—¡Tía Gervasia, no puedo, no puedo! ¡Le quiero con toda mi alma!

Y el frasco de vitriolo, deslizándose de su mano, se hizo añicos al chocar contra el empedrado.

La pareja, bien ajena á lo que sucedía tan cerca de ella, continuaba su coloquio en el umbral de la puerta.

Aureliano J. Pereira.

ARTE Y ARTISTAS

JOSE GARNELO

Uno de los artistas que han hecho la carrera en menos tiempo, es el que hoy nos ocupa; Garnelo, con una constancia envidiable y unas facultades más envidiables todavía, ha logrado colocarse en primera fila.



Desde que presentó *La muerte de Lucano*, una de sus mejores obras, á mi parecer, hasta hoy, la carrera de Garnelo ha sido una serie continuada de triunfos. A pesar de lo joven que es este artista, es grande el número de obras que ha producido; las más conocidas son: la ya citada *Muerte de Lucano*, *El duelo interrumpido*, lienzo hormosísimo como asunto y factura, si bien en la composición nos encontramos con algunas cosas un tanto convencionales; *El Colón* y *La madre de los Gracos*. Por éste obtuvo una primera medalla.

Es uno de los artistas más instruidos, como ha demostrado en cuantas oposiciones ha tomado parte, que han sido bastantes. Fué pensionado en Roma. Ha sido catedrático de dibujo del antiguo en Barcelona. cuya plaza ha ocupado algún tiempo, hasta que salió á oposición la cátedra del mismo género de la Escuela especial de Pintura de Madrid, obteniéndola Garnelo después de reñidos ejercicios.

Ultimamente ha sido nombrado presidente de la sección de Pintura del Circulo de Bellas Artes, en donde se espera que desarrolle sus grandes iniciativas para bien del Arte y de dicha Sociedad.

Garnelo es de los artistas de que hay derecho á esperar más. Ahora lo que es necesario, es que siga por el camino que hasta aquí ha llevado; no vaya á sucederle lo que á tantos otros, que en cuanto se encuentran en posesión de la suspirada canongia, se dedican al dulce placer de no hacer nada. Yo creo que precisamente cuando se

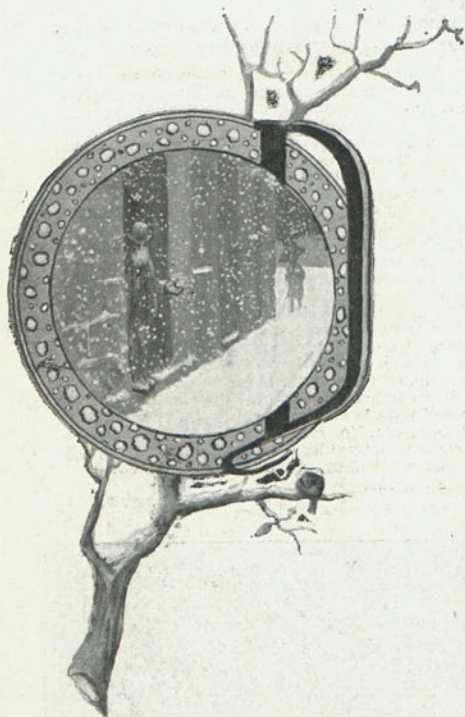
llega es cuando se debe trabajar más; pero cuidando como es natural las obras, se debe exponer, pues de no ser así parece que es que se tiene miedo de no pintar á la altura de lo que se ha pintado anteriormente y, francamente, es tan desairado reconocerse vencido!

José Pueyo.



Lourdes, por Garnelo.

Los pobres.



Duerme la gran ciudad. Todo reposa
envuelto en el misterio
profundo de la noche
más lóbrega y cruel de aquel invierno.
Silentarias las calles;
ices que esparcen resplandores tétricos;
tegos de luz y sombra
e medrosos y pálidos reflejos;
ardidas luces que el espacio surcan
como danzas de espectros;
la noche cada vez más tenebrosa
el frío por instantes más intenso,
hacen que aquella noche
parezca la ciudad un cementerio...

Y en tanto que la nieve
aja en menudos copos desde el cielo
airado zumba el huracán bravo
en rugidos siniestros,
apostroado en el quicio de una puerta,
uerto de hambre y de frío, un pobre viejo,
e más que ser humano
rece, entre la sombra, un esqueleto,

que tiembla y se estremece
cada vez que una ráfaga del cierzo
azota airado con salvaje furia
sus ateridos miembros,
cuando siente que alguno se le acerca,
con un supremo y poderoso esfuerzo
la descarnada mano
tiende al que pasa, y con humilde acento
exclama: «Una limosna,
señor, que estoy enfermo,
que el frío me entumece,
que no he comido, que me estoy muriendo...»
Mas nadie escucha sus dolientes quejas,
en nadie sus pesares hallan eco,
porque todo el que pasa,
aunque escucha sus súplicas y ruegos,
pasa con la brutal indiferencia
del que tiene el estómago repleto.
Al fin, un transeúnte,
más humano tal vez, ó más espléndido
compadecido de la infausta suerte
que aguarda al pobre viejo,
detiénese un instante,
y al escuchar sus débiles lamentos,
deposita en su mano una peseta,
diciéndole además: «Tome usted, abuelo;
cene usted esta noche,
y retirese ya, porque hace fresco.»
Y partió el generoso transeúnte
entre las sombras de la noche envuelto
en tanto que el anciano,
a quien el rasgo aquel dejó perplejo,
besando la moneda
su pecho a la esperanza abrió de nuevo;
relámpagos de luz y de alegría
sus ojos despidieron,
bendijo al compasivo transeúnte,
y una plegaria murmuró en silencio...
Y cuando se alejaba de aquel sitio,
donde pensó que le hallarian muerto,
al doblar una esquina
con torpe paso le saltó al encuentro
una pobre mujer, montón informe
de harapos y de huesos,
que llevaba en los brazos
un chiquillo de rostro cadavérico,
en el que ya la muerte
había impreso su terrible sello,
y le dijo: «Señor, una limosna
para mi pobre niño que está enfermo,
que desde hace dos días
él y yo estamos sin probar sustento.»
Y entonces, el anciano,
cediendo a los impulsos de ese afecto
que une a los que padecen
con lazo firme, inquebrantable, eterno,
«Compañera—la dijo,—
tome usted esa peseta... ¡es lo que tengo;
para que el chico coma,
y confíe usted en Dios, que Dios es bueno.»
Y mientras la mujer desaparece
admirada del rasgo de aquel *Creso*
tranquilo y resignado
a su sitio de nuevo torna el viejo,
confiado en que el Dios de las alturas
no dejará sus penas sin consuelo...

Manuel Soriano.



¡Á PALCO!

El éxito colosal de la última comedia de Galdós ha despertado en el público el deseo de ir al teatro... de balde.

A mí me han pedido billetes gran número de personas de buena posición social, suponiendo que por ser periodista tengo los bolsillos llenos de entradas y que sigo el sistema de algunos del oficio, que escriben cartas á los empresarios pidiéndoles de todo.

En esto se distingue el joven Corondel, exdirector de una revista hebdomadaria, con monos, que además se las echa de primo segundo, por parte de madre, de una tiple ligera, que murió de las tos ferina en Barbastro.

El tal joven entra en todos los coliseos, haciendo uso de sus dos naturalezas: la de escritor público y pariente artístico, y los empresarios se han acostumbrado á

verle y á oírle disparatar, porque es de los que hablan recio, y siempre está amenazando con que va á escribir un artículo en *La Gaceta*, de Puente Genil, «pegando palos,» no se sabe dónde.

Es chico de muy buenas relaciones, y cifra todo su orgullo en decir á la gente sencilla y candorosa:

—¿Quién, yo? Yo en los teatros tengo cuanto quiero. ¿No ve usted que escribo?»

—¡Caramba!—Ustedes los literatos son muy felices—contesta un padre de familia modesto.—Bien podía usted darnos unos billetitos para el Español, aunque fuera por la tarde.

Y el joven osado pide un palco segundo para deslumbrar á aquella familia.

—¡Ea, á vestirse!—grita el amoroso padre, rebosando júbilo.—Friega bien á los niños, Aniceta.

La señora de la casa no puede convencerse de que tiene un palco, por primera vez en su vida, pues ella no ha pasado nunca de la delantera de paraíso, y se engalana con todo esmero, no sin cepillar antes el chaquet de su esposo y lavarles las manos á los chiquillos para que no la avergüencen en público.

Aquella casa se convierte en un verdadero campo de Agramante; cúbrese el pavimento de botas viejas y pantalones injuriados por el uso; peines y cepillos pasan de mano en mano, y todos preguntan por el jabón, como si quisieran comérselo.



—Aniceta—dice el esposo.—A ver si esto que tengo junto á la nariz es una mancha.

—Déjame en paz, que son las tres y media, y



vamos á llegar tarde... Oye, Pepito, frótate la nariz con esta servilleta, que no quiero verte así en el palco. Si fuéramos á la entrada general, no me importaría.

—Sí, el palco es una localidad muy *descarada*, y hay que presentarse limpios, porque Corondel le habrá hablado de nosotros á los actores y querrán conocernos—añade el papá, chapuzándose en la palangana.

¡Oh, familia feliz!

Si los empresarios supieran cuánta dicha proporcionan á algunas personas concediéndoles billetes de favor, abrirían más la mano.
¡Y eso que ya la abren bastante!

Luis Taboada.

Recuerdos tristes.

De mi mesa en un cajón
conservo una colección
de billetes arrugados,
que tristes recuerdos son
de mis amores pasados.

En ellos, con varios fines,
me alzaron á los confines
del cielo de los amores
ángeles y serafines
que hoy son personas mayores.

Como de mano distinta,
cada billete una tinta
ostenta de su color:
desde el pardo de Leonor
hasta el rojo de Jacinta.

¡Con afán los esperé!
¡Con deleite los leí!
¡Con amor los repasé!
¡Y con loco frenesi
bajo llave los guardé!

Mintiendo á más y mejor,
sus autoras á porfía
me mostraron sin rubor
la inmensidad de su amor
y su poca ortografía.

Acediendo á un ruego mío
me mandó un rizo Paz Río,
y por no hacerlo de momio
me escribió: «Azgunta te envío
huna trenza de pelomío.»

Como novio primerizo
lleve á mis lábios su rizo,
y después—¡Oh, decepción!—
resulto el rizo postizo
y postiza su pasión.

De su vehemencia amorosa,
poniendo á Dios por testigo
cierta vez me dijo Rosa:

«¡Qué vida más deliciosa
me paso pensando en tigo!»

Y á los seis meses ó siete
de tenerme ella en un brete
sin darle motivo alguno,
me dejó Rosa por uno
que tocaba el clarinete.

«¡Tú serás mi único amor!»
Pilar, llena de candor,
me dijo haciendo pucheros,
pues llorar es de rigor
en los amores primeros.

Mas de las nuestras la coda
aún recordár me incomoda:
víctima fué de su ardid,
y luego amó... á casi toda
la guarnición de Madrid.

Gratos recuerdos de ayer,
billetes ya amarillentos
que me hacéis estremecer:
¡Por qué escucháis mis lamentos
como quien oye llover?

¡Ay! Aquellos dulces días
en amargos cual baladres
trocaron las *prendas mías*,
que unas llegaron á madres
y otras llegaron á tías.

Mas no siento indignación,
y hoy sólo me da aflicción
ver, extinguido mi afán,
que esos billetes ya están
fuera de circulación.

Carlos Cano.

Figuras de la Historia



DESCARTES

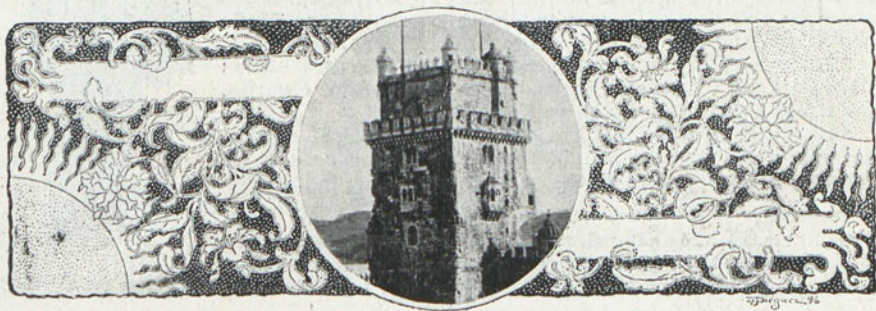
Solamente Sócrates, el gran revolucionario de la filosofía de la antigüedad, puede compararse, por su influencia, con este celeberrimo geómetra del siglo XVII.

Hallaba Descartes muy estrecho y deficiente el método de enseñanza practicado por las escuelas filosóficas de su tiempo, y su espíritu renovador empujó la regeneración de la filosofía cuando su maduro entendimiento y la experiencia adquirida en los viajes y en su carrera militar, le aseguraban el triunfo de sus ideas.

Estableció Descartes, como base de su filosofía, la duda metódica; pero no la duda nacida en realidad en su espíritu, sino la duda supuesta, la duda fingida, con objeto de quedar en plena libertad para el examen, que él creía más fecundo de este modo de todas las cosas. Pero hubo de detenerse ante la verdad del pensamiento, y de este dedujo la existencia en el famoso

principio: *pienso, luego soy*. Halló en la extensión la esencia de los cuerpos, punto fundamental, en virtud del cual el vacío es intrínsecamente imposible, y puso la esencia del alma en el pensamiento.

De sus investigaciones sobre física nacieron la verdadera ley de la refracción de la luz y la explicación del arco iris, publicadas por él antes que nadie, y no debe olvidarse, aunque la fama de Descartes se haya principalmente cimentado sobre su sistema filosófico, que el filósofo también fué geómetra, y que influyó, acaso más que ningún otro, en el desenvolvimiento de las aplicaciones del análisis matemático.



TEATROS

ELECTRA (1)



Electra (Sta. Mcreno).

mosísimas que hagan pensar al auditorio. Todo esto tiene *Electra*, pero sin la intención que lleva no sería un éxito teatral.

¿Por qué ha buscado el triunfo en un problema político-social? ¿Por qué ha atendido más á los golpes de efecto del orador que á los felicísimos rasgos del literato?

Para mí su novela *Gloria* vale más, mucho más que su *Electra*.

Galdós tiene talento para sumar nuevos triunfos á los ya obtenidos y no necesita recursos para salir airoso, pues puede lograrlo sin mezclar la política con el teatro, que son dos cosas muy distintas. Su mayor mérito estriba en que ha dicho lo que nadie se había atrevido á decir hasta ahora.

Aparte de esto, el ideal es hermoso, pero no entra en los fines de ARTE y LETRAS, juzgarlo bajo este aspecto. Guardo, pues, mis entusiasmos para mejor ocasión.

Justo es decir que Paco Fuentes, á quien aplaudí en Andalucía y sin vacilar pronostiqué rápidos ascensos en su carrera, se compenetró de tal modo de su papel, indudable-

Volvemos á las corrientes de simbolismo en el teatro.

Dígalo si no la obra de Pérez Galdós, que ha sido uno de los más ruidosos éxitos político-teatrales.

La noche del estreno el público tradujo muy bien el pensamiento del autor, y dejándose llevar de sus ideas, compenetrado de aquella ficción y dándole carácter de realidad, dejó libres sus pensamientos, expresándolos con entusiastas manifestaciones.

Tarde llegó al campo de la información, pues ya el éxito ha repercutido en todo el mundo y la prensa rotativa ha hecho extensas críticas y detallado minuciosamente el argumento de la obra, copiando algunas de sus escenas.

Poco tengo yo que decir para compendiar tales opiniones.

Si estimo que la nueva producción es hermosa, digna del que en sus *Episodios Nacionales* tradujo tan á conciencia el carácter del pueblo español, no diré nada nuevo.

Para mí la obra, más que nada, es oportuna.

En otra época quizá no hubiera logrado tanta popularidad.

Al primero de nuestros novelistas le sobran méritos para escribir una obra literaria, delineando con toda precisión los personajes, poniendo en boca de ellos frases her-



Máximo (Sr. Fuentes).

(1) Una indisposición que retiene en el lecho á nuestro compañero Don Gil de las Calzas Verdes me obliga á sustituirle accidentalmente en esta sección.

mente estudiado con verdadero fervor, que su tarea fué merítísima y acabada.

Falta hacía una actriz de las dotes de Matilde Moreno para personificar la *Electra*; y como ella la ha creado, imposible pueda desearla más perfecta el autor.

Ni un momento de descuido tuvo Valero en su antipático papel; las situaciones las sostuvo con mucho talento, haciendo que el personaje resultara perfectamente dibujado.

Los demás artistas estuvieron á la altura de su reputación.

Electra recorrerá en triunfo los teatros de España entera. Pruébalo el que de provincias se han pedido más de 5.000 ejemplares en estos últimos días.

Remy.

(Fotografías de nuestro redactor artístico Sr. Candelas).



Pantoja (Sr. Valero).



Señorita Barrientos.

MARÍA BARRIENTOS

Pocas veces han estado tan acordes los críticos para ensalzar los méritos de una artista.

Y los elogios de los inteligentes son tan entusiastas como imparciales, sin que la simpatía hacia la compatriota haga más vibrantes sus frases.

Todos lo confiesan, y nosotros con ellos: María Barrientos es una eminencia artística, y como tal su nombre repercute

rá en todo el mundo, llevando la noble representación de nuestra patria á regiones donde el arte lírico no parece sino monopolizado por los artistas extranjeros.

La joven artista no necesita bombos para presentarse ante un público.

Sus méritos la bastan para vencer en la lid, pues el verdadero talento no se discute. Se aplaude sin vacilaciones; con sinceridad y entusiasmo.

Su nombre es ya una garantía del éxito. Y hoy día las empresas hacen á la joven artista proposiciones muy ventajosas para los principales teatros del mundo.



M. SIMMLEF—Viaje del gran Elector.

Biblioteca Nacional de España